



Pedro Hendrichs Pérez **Fotografía** tomada de *El México Antiguo*, t. VIII, diciembre de 1955

Pedro Hendrichs y su legado antropológico sobre el noroeste de Guerrero

Juan José Atilano Flores*

Heredero de la tradición viajera del siglo XIX, Pedro Hendrichs Pérez llegó a México entre 1907 y 1908 como responsable de la comercialización de herramientas de la casa alemana Pausen de Guadalajara, y un año después se convirtió en agente de ventas de la antigua casa comercial Ketelsen y Degetau de Chihuahua, dedicada a abastecer de insumos a las compañías mineras del noroeste de México. Nacido el 25 de septiembre de 1882 en la ciudad alemana de Sdingen, en la ribera del río Ruhr, fue el cuarto hijo de Pedro Hendrichs, fabricante y distribuidor de cuchillería y ferretería (Linga, 1955: III). Desde 1918 efectuó distintos viajes para realizar estudios económicos que lo llevarían a conocer gran parte del territorio nacional, en especial el noroeste de Guerrero, una región que recorre el río Balsas, atravesando “El Plan” de Tierra Caliente.

Su interés por desentrañar el pasado y describir las costumbres de los campesinos de esta región se deriva de “su gusto por la vida sencilla de la gente del campo” (*ibidem*: VIII). Esta pasión por las “tierras ignotas” –como nombró al curso medio del río Balsas– lo condujo a desarrollar su obra antropológica sobre los cuiclatecos, hasta ahora la más extensa sobre Tierra Caliente, pues ella incluye estudios lingüísticos, registros arqueológicos, análisis sobre la minería prehispánica, así como descripciones etnográficas sobre las costumbres y el pensamiento campesino, el mismo que definió como “peregrino”, pues se forja en creencias en fuerzas ocultas dispuestas a ayudar a la gente para salir de las condiciones miserables de su vida (Hendrichs, 1945: 25).

La obra de Hendrichs fue publicada en su mayor parte por la Sociedad Alemana de Mexicanistas –de la cual era integrante–, así como por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Asiduo colaborador de la revista *El México Antiguo*, Hendrichs compartió el espacio con investigadores de la talla de José García Payón, Eduardo Noguera, Robert H. Lister, Roberto J. Weitlaner, Robert H. Barlow y Jacques Soustelle. Sin duda esta publicación fue el lugar donde se gestarían sus principales ideas sobre la cultura cuiclateca. Entre 1939 y 1943 publicó ocho artículos: “Un estudio preliminar sobre la lengua cuiclateca de San Miguel Totolapan, Guerrero” y “Der Stein von Tecpan” (1939); una serie de tres artículos con el título “Datos sobre la técnica minera prehispánica” (1940-1941); “El cultivo de abejas indígenas en Guerrero” (1941) y “Tlachtemalacates y otros monumentos de la zona arqueológica de La Soledad, Guerrero” (1943). A los trabajos anteriores se sumó la invitación al profesor cuiclateco Teófilo Dondé y López, nativo de Ajuchitlán, para que publicara su testimonio sobre “Costumbres cuiclatecas” (1943).

El México Antiguo fue, en resumen, el espacio de maduración de su obra más importante: *Por tierras ignotas. Viajes y observaciones en la región del río Balsas*, publicada en dos volúmenes (1945

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (atilanojff@yahoo.com.mx).



Indios cuitlatecos de San Miguel Totolapan **Fotografía** tomada de *Por tierras ignotas...* (Hendrichs, 1945, t. I)

y 1946) por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, bajo el sello de Editorial Cultura. El amplio conocimiento sobre el medio geográfico, los antecedentes etnohistóricos de la región, así como sobre las características socioculturales de la población y sus actividades económicas, entre ellas la agricultura de maíz, la cacería, la ganadería y los oficios artesanales, expuestos en sus dos libros, lo llevaron hacia el final de su vida a redactar un último ensayo donde hizo recomendaciones a la Secretaría de Educación Pública para resolver el problema de la desertificación en el noroeste de Guerrero.

“La tierra que destilaba leche y miel”, publicado en 1945 por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, marcó el final de su producción académica, si bien apuntaba a dos temas aún vigentes: el agotamiento de los recursos naturales en la región y la pobreza lacerante del campesinado mexicano.

Los vestigios de la lengua cuitlateca

El registro de la lengua cuitlateca fue sin duda la preocupación central de Hendrichs, tema que conduciría sus exploraciones etnográficas desde las estribaciones de la Sierra Madre del sur, partiendo de Teloapan, Tetela del Río y Arcelia, en el oriente guerrerense, hasta el gran valle de Tierra Caliente, donde recorrió pueblos y cuadrillas como San Cristóbal, Ajuchitlán, Tlapachuala y desde luego San Miguel Totolapan. Basado en los mapas lingüísticos “Distribución prehispánica de las lenguas indígenas de México”, elaborado por Miguel Othón de Mendizábal y Wigberto Jiménez Moreno, así como en un vocabulario de cuitlateco realizado por Nicolás León y publicado en 1902 en *Anales del Museo Nacional de México*, Hendrichs acotó la región cuitlateca a un espacio reducido, justo en el municipio de San

Miguel Totolapan. En este primer artículo de *El México Antiguo*, el autor describió las dificultades enfrentadas en su búsqueda de hablantes de esta lengua, que en total se reducían a 20 personas de edad avanzada que recordaban su idioma, pero que por falta de espacios de uso ya no lo hablaban. Estos antiguos hablantes de la lengua se distribuían en las cuadrillas Come-Lagarto, Llanos y la Puerta de San Francisco. Del total de estos informantes sólo la señora Constanza Lázaro le aportó un vocabulario de 800 palabras y 240 verbos. A partir de estos primeros materiales –parcialmente publicados en su artículo– Hendrichs postuló la hipótesis que ubicaba a la lengua disilábica o polisilábica cuitlateca como independiente del náhuatl, aunque no negaba que ésta tuviera alguna relación con la familia yuto-azteca (Hendrichs, 1939: 344).

Un aporte destacado en materia lingüística de los estudios realizados por Hendrichs fue el trazo del croquis de la región noroeste de Guerrero, donde ubicó las variantes dialectales del náhuatl de Izcatepec, Totoltepec, Liberaltepec y Tlapachuala, en una carta que publicó en el primer volumen de *Por tierras ignotas...*, junto con un glosario de aztequismos y mexicanismos. Los vocabularios tanto de las cuatro variantes del náhuatl serrano como del cuitlateco aparecieron completas y con notas lingüísticas en 1946, en los capítulos VIII y IX del tomo II. A la postre, Hendrichs atribuyó a tres factores la extinción de la población indígena en la zona: a) las difíciles condiciones climatológicas para el desarrollo de la agricultura en la zona semidesértica del curso inferior del río Balsas; b) las epidemias de viruela –*matlazala*, “flux de sangre”– que durante la época colonial diezmaron a la población, y c) la relación de los indígenas con la tierra. Allí donde los indios eran propietarios de la tierra, el idioma y las costumbres se mantuvieron, mientras que donde eran despojados de ella, “la mestización completó el olvido de todo lo antiguo” (Hendrichs, 1946: 30-31).

Arqueología y minería prehispánica:

Su comparación con Sudamérica

Aunque la arqueología no constituyó el centro de gravedad de las investigaciones realizadas por Hendrichs, cabe destacar una serie de anotaciones que dejó sobre varios sitios arqueológicos, entre ellos Oztuma y La Soledad, así como sobre un conjunto de materiales y piezas arqueológicas que incluyen metates y molcajetes. Sobre Oztuma propuso la hipótesis de que la construcción del arco, ubicado al suroeste del sitio, era

azteca. Basado en los datos de la técnica constructiva –lajas de barro pegadas con argamasa–, de carácter rustico, supuso que su edificación era anterior a la ocupación española (Hendrichs, 1940: 145, 147). En cuanto a La Soledad, realizó comparaciones en los motivos –serpientes confrontadas– y estilos escultóricos entre cuatro aros líticos o tlachtemalacates, al señalar que las piezas observadas en Tecpan y Petatlán parecían sin relación, si bien el labrado de cada pieza y su forma permitían pensar que cada una de estas piezas se destinó a un juego de pelota con reglas distintas a las conocidas en la actualidad; además propuso que la similitud en el estilo escultórico indicaría que los cuatro tlachtemalacates serían obra de un mismo escultor o cuando menos de una misma escuela de escultores (Hendrichs, 1943: 122)

Hay que hacer notar el carácter empírico del registro arqueológico realizado por Hendrichs, característica que no demerita el valor de su trabajo, pues aunque no teorizara sobre sus datos, el conjunto de materiales registrados en sus recorridos por la sierra y El Plan de alguna manera resultaron pioneros, al constituir un primer esfuerzo de sistematización y comparación de objetos líticos y cerámicos, que incluían molcajetes trípodes de Ixcatepec –de los tipos conocidos como Yeztlanaranjo y marrón sobre crema, estos últimos con bolitas de cobre en los soportes que los hacen sonar como cascabeles–, metlapiles, metates y molcajetes del cerro del Águila, ya en la zona de El Plan, así como esculturas líticas, fragmentos de columnas e ídolos de piedra verde –estilo Mezcala– tanto de Placeres del Oro y del cerro de Los Monos en Tlalchapa como de Arcelia. Este esfuerzo comparativo se plasmó en dos capítulos de su obra *Por tierras ignotas*. En el volumen I, capítulo XXI, incluyó un conjunto de notas sobre la ubicación y características de sitios de gran escala, como el de Tetela del Río, descrito como de muchas y grandes pirámides. Al oeste de Santo Tomás, en la entrada al El Plan, refirió que el paisaje se hallaba poblado de grandes y pequeños montículos llamados *momuxtles*, mientras que en Paso de San Francisco llamó su atención el nombre “Cubo Viejo”, un basamento piramidal de entre 10 y 12 metros de altura.

A los anteriores sitios se sumaron el de cerro de Las Mesas, en San Miguel Totolapan, conformado con plataformas escalonadas, pero sin duda el sitio que atrajo su atención fue el de cerro de Los Monos, del cual incluyó un conjunto de fotografías que muestran fragmentos de piedras labradas, capiteles, columnas y pe-



Una casa de Tierra Caliente **Fotografía** tomada de *Por tierras ignotas...* (Hendrichs, 1945, t. I)

trogabados. En todos sus recorridos Hendrichs observó ya el problema del saqueo arqueológico.

En el tomo II, capítulo VII, titulado “Metates y molcajetes”, realizó una serie de comparaciones en los estilos escultóricos de piezas procedentes de Arcelia, San Cristóbal, Papanoa y San Luis de la Loma. Los estilos escultóricos de estas piezas, que se distinguen por incluir cuatro soportes y en algunos casos por tener un tallado con motivo de jaguar (Papanoa, Guerrero), lo llevaron a preguntarse sobre la posible relación entre los de Tierra Caliente y los metates de Nicaragua, con los que comparten el motivo de jaguar, según los datos proporcionados por el arqueólogo Samuel Kirkland Lothrop (*apud* Hendrichs, 1945, vol. I).

Sin duda el tema de la minería prehispánica fue uno de los más trabajados por el autor. En suma publicó los tres artículos sobre la técnica minera prehispánica en *El México Antiguo*, y en su libro dedicó el capítulo XX a las minas antiguas de cobre en Tierra Caliente. En estos trabajos se observa una interesante progresión que transita de la identificación de minas y herramientas líticas localizadas en el noroeste del río Balsas (Hendrichs, 1940a) a su clasificación en minerales no metálicos, minas de cobre y azogue con poca ley de fierro, así como las minas de azogue con plata y cobre. En el primer caso se trata de las minas Loma Real, cueva del Caracol y la cueva del Cura, localizadas en el camino a Poliutla y Tlapehuala; en el segundo grupo estaría la bocamina del fundo La Hedionda, en las inmediaciones del Pico del Águila, y finalmente las del tercer tipo se localizan en el camino a Arcelia y Cutzamala (Hendrichs, 1940b). En torno a estos hallazgos el autor se planteó dos preguntas centrales: ¿qué tipo de minerales y metales eran objeto de la explotación prehispánica? y ¿qué técnicas desarrollaron los pueblos para su explotación y beneficio?

Estos cuestionamientos rebasan el interés regional porque permiten situar el nivel de desarrollo tecnológico alcanzado por los pueblos de Mesoamérica en la metalurgia. En un esfuerzo por conocer las características prehispánicas de la minería, Hendrichs exploró la información que existía sobre el tema en las fuentes etnohistóricas coloniales, de modo que consultó las *Cartas de Relación* de Hernán Cortes y las crónicas de Bernal Díaz del Castillo y fray Bernardino de Sahagún. Sin embargo, el resultado fue frustrante, ya que el conjunto de menciones al tema sólo proporcionó datos aislados y escuetos sobre la observación para la identificación de vetas de jade a flor de tierra, y nada decían sobre las técnicas de explotación y beneficio del cobre, plata y oro.

Con base en estudios mineralógicos, reportes de campo de Santiago Ramírez y en los estudios del arqueólogo Samuel Kirkland Lothrop sobre las técnicas de fundición de cobre y laminado de oro en Perú y Colombia, Hendrichs documentó la hipótesis sobre el posible trabajo laminado del oro entre los pueblos prehispánicos del centro y el occidente de México. De ese modo sostuvo que era muy probable que los pueblos mexica y tarasco conocieran la técnica de fundido y laminado para producir joyas de oro, similar a la de los etruscos y el pueblo inca. Su hipótesis se basaba en la reinterpretación etimológica de las categorías de orfebres descritas por Seler: *tlazotzonque*, martilladores y manejadores de oro; *teocutlapitzque*, fundidores o sopladores de oro, y *tlatlanianime*, mosaístas que sabían hacer uso de la soldadura de cobre (Hendrichs, 1941).

Esta aseveración lo condujo, en su capítulo sobre las minas antiguas de cobre, a explorar en Tierra Caliente las evidencias de la fundición y beneficio del cobre, base de la producción de joyas de oro. Basado en la teoría de Borgsoe sobre el uso antiguo de la soldadura de cobre para pegar el oro en Asia y Europa, Hendrichs se dio a la tarea de buscar en Tierra Caliente minas y vetas de cobre que hubieran sido explotadas desde la época prehispánica. El "Lienzo de Jucutácato" de Michoacán, donde se describe el viaje de un grupo de "toltecas" –artesanos que trabajaban el metal, las piedras y las plumas– establecidos en Xihquillan, Michoacán, para explotar el cobre, le ofreció una pista para buscar en Tecumatlán, localizada en la parte central de Tierra Caliente, en la cuadrilla Las Pilas –cerca de Arcelia–, las evidencias de cobre y su explotación. Sobre el suelo de roca volcánica de Tecumatlán localizó indicios de minerales de cobre: afloramientos de malaquita y cuevas que evidenciaban trabajos mineros (Hendrichs, 1945: 197).

La referencia en las *Relaciones geográficas del siglo XVI* sobre la existencia de minas de cobre en la región lo llevó a Tetela del Río, donde ubicó un patio de molienda de cobre donde se encontraban restos de "ticuiches" o metates asociados con montones de piedras menudas, los cuales le permitieron suponer que allí se pepenaba el mineral para separarlo de la ganga. En la misma zona detectó tres minas de cobre (lomas), desde donde se hacía rodar el mineral a los patios para su molienda. Subiendo la sierra, en la cuadrilla El Garabato, localizó hornos de fundición de cobre asociados con una mina localizada en la barranca con obras de tajo abierto, en cuyas paredes identificó hilos de cobre nativo, así como múltiples herramientas líticas. Sin embargo, la evidencia más contundente de la existencia de cobre la encontró en la cuadrilla del Chucumpun, municipio de Tlalchapa, lugar donde un campesino lo condujo a un sembradío de ajonjolí donde obtuvo una muestra de cobre nativo, que para Hendrichs representaba el tipo de mineral que los antiguos orfebres buscaban (*ibidem*, 207-208).

Entre la tradición y la modernidad: Etnografía del pensamiento campesino

La etnografía de Hendrichs sobre las regiones de la sierra y Tierra Caliente es amplia; incluye descripciones de la flora y la fauna regional, el medio orográfico, las actividades productivas –agricultura– y artesanales –en especial alfarería y cordelería–, cacería, características de la vivienda, pesca y fabricación de balsas con las que se cruzaba el río, explotación de miel silvestre, vida festiva y las creencias del campesino, en las que el investigador exploró el mundo sobrenatural, así como el papel de los especialistas rituales, entre ellos brujos y adivinos. La amplitud en el desarrollo de los temas y la variedad de los mismos hace imposible trazar en este espacio una reseña de sus aportes –salvo señalar que es la única referencia etnográfica de mediados del siglo xx de la que disponemos para Tierra Caliente—. En su lugar, me propongo revisar, a la luz del cambio cultural en la región, los elementos etnográficos aportados por Hendrichs para entender el pensamiento campesino, atrapado en la tensión entre tradición y modernidad.

Tanto el indio nahua de la sierra como el cuiltateco de El Plan parecen atrapados entre los vestigios de una cosmovisión nativa, en la que se reconoce la interacción del ser humano con los santos católicos, *el Amigo* (el diablo) y otras entidades reconocidas como peligros de la

naturaleza, entre las que se encuentran los chanes, dueños de los animales del monte –como *charchihue* (rey de los venados)– y los naguales. En el otro extremo la modernidad, expresada por la construcción de carreteras y la emergencia de una economía monetarizada, sumada a la disposición de servicios médicos, configuran esa tensión que obliga a la gente a descalificar sus creencias, al considerarlas supersticiones o, como el propio Hendrichs las calificó, como ideas peregrinas.

A pesar del propio prejuicio de Hendrichs, su etnografía sobre el pensamiento indio, expuesto a lo largo de los capítulos de *Por tierras ignotas...*, es de relevancia porque constituye la evidencia de una forma particular de relación con la naturaleza, la cual posee un sustrato mesoamericano que para Hendrichs pasó inadvertido. Así, en el capítulo IV del tomo I, dedicado a la cacería, describió la centralidad de *charchihue* como un dueño de los animales, cuyo poder para controlar las manadas de ciervos puede ser adquirido por el cazador al matar un espécimen y extirparle la piedra bezoar. Esta circulación de poder se expresa también en la agilidad felina adquirida al consumir carne o huesos de tigre. Lo mismo ocurre con la fuerza maligna del cuero de coyote, que transmite su capacidad de producir peleas y muerte al que posea un pedazo de su piel o un cinturón (Hendrichs, 1945: 49).

Los adivinos y curanderos constituyen figuras sociales cuya función es mediar la relación entre los humanos y los seres dueños de los cuerpos de agua; el curandero restituye la salud a los hombres y mujeres que han sido afectados por los chanes, con lo que provoca en la persona calenturas y erupciones. La información al respecto recopilada por el autor sugiere una satanización de estos seres intermedios entre los dueños de la naturaleza y el hombre. En el volumen II, capítulo III, señala que los chanes son concebidos como los soldados del diablo y entrañan la personificación de los peligros de la naturaleza (Hendrichs, 1946: 41). Si los curanderos negocian con los chanes, los brujos se encargan de hacer lo propio con *El Amigo*, equivalente el diablo del cristianismo.

En este mismo terreno de la mentalidad campesina Hendrichs documentó la relación entre los agricultores y los santos (Cristo) para solicitarles agua cuando las sequías prolongadas ponen en riesgo la milpa. En Ajuchitlán las mujeres acostumbraban sacar al santo a pasear por las parcelas para que lloviera (Hendrichs, 1945: 113-114). Asociada también con la agricultura se encontraba la creencia serrana, en Tototepec, so-

bre el poder mágico de los ídolos prehispánicos, que se encuentran en los barbechos y eran colocados en los graneros para proteger a los granos de la plaga de gorgojos y polillas (*ibidem*: 115).

Otros datos sobre fiestas y costumbres, como “El cabo de año” con los difuntos, fueron también descritos por Hendrichs, si bien cabe destacar la colaboración en *El México Antiguo* del profesor Teófilo Dondé (1941), en la que describió el ciclo festivo en Ajuchitlán asociado con las cofradías: Santa Cruz, plante de rosa, corte de rosas, así como la levantada de la ropa de santo (Dondé, 1941: 234).

Para finalizar quiero hacer notar que la obra de Hendrichs constituye una contribución al conocimiento de los complejos culturales mestizos de la región, los mismos que poseen un sustrato indígena en el que confluyen tradiciones culturales como la nahua, tarasca, cuitlateca y otopame. Este crisol, al que sin duda se sumó la presencia negra en la época colonial, es la base de la cultura ranchera de Tierra Caliente de Guerrero, la cual aún se encuentra a la espera ser comprendida por la antropología.

Bibliografía

- Dondé y López, Teófilo, “Costumbres cuitlatecas”, *El México Antiguo*, t. V, núms. 7-10, junio de 1941, pp. 233-238.
- Hendrichs Pérez, Pedro, “Un estudio preliminar sobre la lengua cuitlateca de San Miguel Totolapan, Guerrero”, *El México Antiguo*, t. IV, núms. 9-12, diciembre de 1939, pp. 329-362.
- _____, “¿Es el arco de Oztuma de construcción azteca?”, *El México Antiguo*, t. V, núms. 3-5, noviembre de 1940, pp. 142-147.
- _____, “El cultivo de abejas indígenas en el estado de Guerrero”, *El México Antiguo*, t. V, núms. 11-12, diciembre de 1941, pp. 365-373.
- _____, “Datos sobre la técnica minera prehispánica” (1ª parte), *El México Antiguo*, t. V, núms. 3-5, noviembre de 1940a, pp. 148-160.
- _____, “Datos sobre la técnica minera prehispánica” (2ª parte), *El México Antiguo*, t. V, núm. 6, diciembre de 1940b, pp. 179-194.
- _____, “Datos sobre la técnica minera prehispánica” (3ª parte), *El México Antiguo*, t. V, núms. 7-10, junio de 1941, pp. 311-328.
- _____, “Tlachtemalacates y otros monumentos de la zona arqueológica de La Soledad, Guerrero”, *El México Antiguo*, t. VI, núms. 4-6, febrero de 1943, pp. 120-130.
- _____, *Por tierras ignotas. Viajes y observaciones en la región del río Balsas*, México, Cultura, tt. I-II, 1945-1946.
- _____, “La tierra que destilaba leche y miel (el noroeste del estado de Guerrero)”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, sobretiro del t. LXV, núms. 2-3, 1948, pp. 259-286.
- Linga, Carlos R., “Pedro Rodolfo Hendrichs Pérez (necrología)”, *El México Antiguo*, t. VIII, diciembre de 1955, pp. III-VIII.